

—¡Banquete de príncipes golosos!—exclamó Córdova.

—No moriremos de indigestión—dijo La Mar, poniendo una rebanada de queso dentro de un pan y cortando con el cuchillo un trocito de chancaca.

A este tiempo el coronel O'Connor, primer ayudante de Estado Mayor, se acercó a Sucre, preguntándole:

—Mi general, ¿quiere usía dictarme el santo y seña que se ha de comunicar al ejército?

—¡Ahítate, glotón! Pan, queso y raspadura (1)—continuó diciendo La Mar, y pasando a Miller la ración que acababa de arreglar.

—¡Pan, queso y raspadura!—repitió el gallardo inglés aceptando el agasajo—. ¡*Very Well!* ¡Muchas gracias!

Sucre se volvió hacia Miller, y le dijo sonriendo:

—¿Que ha dicho usted, general?

—¡*Nothing!* ¡Nada! ¡Nada! Pan, queso y raspadura...

—Coronel O'Connor, ahí tiene usted el santo, seña y contraseña precursores del triunfo.

Y sacando Sucre del bolsillo su librito de memorias, arrancó una página y escribió sobre ella con lápiz:

PAN, QUESO Y RASPADURA

Tal fué el santo, seña y contraseña del ejército patriota al romperse los fuegos en el campo de Ayacucho.

4

La batalla de Ayacucho tuvo, al iniciarse, todos los caracteres de un caballeresco torneo.

A las ocho de la mañana del 9 de diciembre el bizarro general Monet se aproximó con su ayudante al campo patriota, hizo llamar al no menos bizarro Córdova, y le dijo:

—General, en nuestro ejército como en el de ustedes hay jefes y oficiales ligados por vínculos de familia o de amistad íntima: ¿sería posible que, antes de rompernos la crisma, conversasen y se diesen un abrazo?

—Me parece, general, que no habría inconveniente. Voy a consultarlo—contestó Córdova.

Y envió a su ayudante donde Sucre, quien en el acto acordó el permiso.

Treinta y siete peruanos entre jefes y oficiales, y veintiséis colombianos, desciñéndose la espada, pasaron a la línea neutral, donde, igualmente sin armas, los esperaban ochenta y dos españoles.

Después de media hora de afectuosas expansiones regresaron a sus respectivos campamentos, donde los aguardaba el almuerzo.

Concluido éste, los españoles, jefes, oficiales y soldados, se vistieron de gran parada, en lo que los patriotas no podían imitarlos por no tener más ropa que la que llevaban puesta.

Sucre vestía levita azul cerrada con una hilera de botones dorados, sin banda, faja ni medallas, pantalón azul, charreteras de oro y sombrero apuntado con orla de pluma blanca. El traje de La Mar se diferenciaba en que vestía casaca azul en lugar de levita. Córdova tenía el mismo uniforme de Sucre y, en vez de sombrero apuntado, un jipijapa de Guayaquil.

A las diez volvió a presentarse Monet, a cuyo encuentro adelantó Córdova.

—General—le dijo aquél—, vengo a participarle que vamos a principiar la batalla.

—Cuando ustedes gusten, general—contestó el valiente colombiano—. Esperaremos para contestar a que ustedes rompan los fuegos.

(1) *Raspadura*, según el Diccionario de la lengua, es lo que se quita de alguna superficie raspándola. Se usa más en plural, y así se dice raspaduras de uñas, raspaduras de chancaca, etc. La voz *chancaca* es provincialismo de México y del Perú, y se designa con este nombre al pan o bollo hecho con la melaza o heces de la miel de caña.

Ambos generales se estrecharon la mano y volvieron grupas. No pudo llevarse más adelante la galantería por ambas partes.

A los americanos nos tocaba hacer los honores de la casa, no quemando los primeros cartuchos mientras los españoles no nos diesen el ejemplo.

En Ayacucho se repitió aquello de: *A vous, messieurs les anglais, que nous sommes chez nous.*

5

A poco más de las diez de la mañana, la división Monet, compuesta de los batallones Burgos, Infante, Guías y Victoria, a la vez que la división Villalobos formada por los batallones Gerona, Imperial y Fernandinos, empezaron a descender de las alturas sobre la derecha y centro de los patriotas.

La división Valdés, organizada con los batallones Cantabria, Centro y Castro, había dado un largo rodeo y aparecía ya por la izquierda. La caballería, al mando de Ferraz, constaba de los húsares de Fernando VII, dragones de la Unión, ganaderos de la Guardia y escuadrones de San Carlos y de alabarderos. Las catorce piezas de artillería estaban también convenientemente colocadas.

Los patriotas esperaban el ataque en línea de batalla. El ala derecha era mandada por Córdova y se componía de los batallones Bogotá, Voltijeros, Caracas y Pichincha. La división del general Lara, con los batallones Vargas, Rifles y Vencedores, ocupaba el centro. La Mar, con los cuatro cuerpos peruanos, sostenía la izquierda. La caballería, a órdenes de Miller, se componía de los húsares de Junín y de Colombia y de los granaderos de Buenos Aires.

Cada batallón de la infantería española constaba de ochocientas plazas por lo menos, y entre los patriotas raro era el cuerpo que excedía de la mitad de esa cifra.

Sucre, en su brioso caballo de batalla, recorría la línea, y deteniéndose en el centro de ella, dijo con entonación de voz que alcanzó a repercutir en los extremos:

—¡Soldados! De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur. ¡Que otro día de gloria corone vuestra admirable constancia!

Y espoleando su fogoso corcel, se dirigió hacia el ala que ocupaban los peruanos.

La Mar, el adalid sin miedo y sin mancilla, alentó a sus tropas con una proclama culta, a la vez que entusiasta y breve, y que ni la historia ni la tradición han cuidado de conservar.

Los batallones contestaron con un estruendo ¡viva el Perú!, y rompieron el fuego sobre la división Valdés que había tomado ya la iniciativa del comandante. Era en esa ala donde la victoria debía disputarse más reñidamente.

Entretanto la división Monet avanzaba sobre la de Córdova; y el coronel Guas, que mandaba el antiguo batallón *Numancia*, cuyo nombre cambió Bolívar con el de *Voltijeros*, dijo a sus soldados:

—¡Numantinos! Ya sabéis que para vosotros no hay cuartel. ¡Ea! A vencer o morir matando.

Sucre, que acudía con oportunidad allí donde su presencia era necesaria, le gritó a Córdova:

—General, tome usted la altura y está ganada la batalla.

El valiente Córdova, ese gallardo paladín de veinticuatro años, por toda respuesta se apeó del caballo y, alzando su sombrero de jipijapa (1) en la punta de su espada, dió esta original voz de mando:

(1) Hasta en escritores serios hemos visto consignada la especie de que, al emprender la famosa acometida sobre los españoles, Córdova se apeó de su corcel de batalla, desnudó la espada, atravesó con ella el pecho del caballo, y a guisa de bandera enarboló el tricorno en la punta